

Tariq Ali

La Mujer de Piedra

Traducción de Ana Herrera



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Stone Woman*

Publicado por primera vez en Verso en 2000.

Primera edición: 2005

Tercera edición: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Pablo Tribello

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Tariq Ali 2000

© de la traducción: Ana Herrera, 2001, cedida por Edhasa

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-324-7

Depósito legal: M. 10.091-2023

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 1. El verano de 1899; Nilofer vuelve a casa después de una obligada ausencia; el exilio de Yusuf Bajá; Iskander Bajá sufre un ataque
- 30 2. La familia empieza a reunirse; el barón hace una entrada impresionante; la melancolía de Salman
- 45 3. El barón lee un fragmento del *Qabus Nama* en «Pasión romántica»; la historia no concluida de Enver el Albano; Sabiha y la doncella circasiana que pensaba que la única forma de escapar era volar
- 57 4. La circasiana cuenta su verdad a la Mujer de Piedra y se lamenta de su destino; cómo los ricos pisotean el amor de los pobres
- 64 5. Petrossian habla de los días gloriosos del Imperio otomano; Salman insiste en que las fronteras entre ficción e historia se han desdibujado; Nilofer escribe una carta de despedida para su marido griego; la tardía circuncisión de Orhan a manos del joven Selim
- 79 6. Iskander Bajá pide a sus visitantes que le expliquen el declive del Imperio; el barón señala una grieta en el Círculo de la Equidad; el arraigado cinismo de Salman

- 91 7. Nilofer cuenta a la Mujer de Piedra que Selim le ha acariciado los pechos a la luz de la luna y que ella se ha enamorado de él; se siente conmovida al descubrir que su madre la ha estado espiando
- 119 8. El día de la fotografía familiar; Iskander Bajá insiste en que le fotografíen solo junto a una silla vacía; la historia de Ahmet Bajá y cómo fingió ser el sultán
- 143 9. Nilofer y Selim aprenden a conocerse el uno al otro y ella se da cuenta de que no controla sus emociones
- 151 10. Una tragedia griega en Konya; Emineh llega a la casa; Nilofer se siente encantada por Iskander Bajá
- 167 11. Sara le cuenta su sueño a la Mujer de Piedra, estimulando otros recuerdos y un poco de amargura
- 173 12. Mehmet y el barón sostienen una discusión sobre historia islámica en la cual Mehmet resulta vencido; Iskander Bajá recupera su capacidad de habla, pero prefiere agradecerse a Auguste Comte antes que a Alá
- 191 13. Salman medita sobre el amor y habla de la tragedia que mancillaba su vida; la cruel traición de Mariam, la hija del comerciante de diamantes copto Hamid Bey en Alejandría
- 216 14. A Nilofer la abrumba el deseo por Selim y decide casarse con él; el barón se niega a discutir sobre Stendhal y el amor

- 235 15. Nilofer manda a Selim para que aclare su mente hablando con la Mujer de Piedra; él se siente sorprendido por la experiencia
- 240 16. El Comité para la Unión y el Progreso se reúne para tramar una conspiración y derrocar al sultán; el barón desenmascara a un espía; Nilofer prefiere ser otomana a turca
- 263 17. Una misteriosa mujer francesa de incierta disposición llega inesperadamente y pide ver a Iskander Bajá, que más tarde revela cómo espiaba a una mujer casada en los baños de Estambul
- 276 18. La muerte de Hasán Baba, que recibe un entierro sufí; el regreso de Kemal Bajá; la ira de Sara
- 286 19. Los episodios de la vida de Kemal Bajá y su ambición de crear la compañía naviera de vapor más grande del mundo; Nilofer reflexiona sobre la felicidad y el sentido de la vida; la muerte de Maríam
- 303 20. Las confesiones de Petrossian; el crimen del tío tatarabuelo Murat Bajá; la agonía de la familia de Petrossian
- 311 21. A Selim le impresionan tanto los diarios de París de Iskander Bajá que los lee dos veces; el barón explica por qué la muchedumbre de París es diferente de la de Estambul; la ajetreada vida del general Halil Bajá
- 328 22. Lo que le contó Catherine a la Mujer de Piedra hace diez años
- 335 23. Llega un mensajero de Nueva York con una carta para Sara; Mehmet trama casar a Jo el Feo con una de las hijas de Kemal Bajá

Índice

- 348 24. El siglo se prepara para entrar en su tumba; Selim y Halil discuten el futuro; Dante y Verlaine; Orhan hace una pregunta a Iskander Bajá
- 359 25. La luna llena se pone y sale el sol
- 361 Apéndice

*Para Susan Watkins, cuyo amor y compañerismo
me han sostenido en los buenos y malos
tiempos, durante los últimos veinte años.*

Capítulo 1

El verano de 1899; Nilofer vuelve a casa después de una obligada ausencia; el exilio de Yusuf Bajá; Iskander Bajá sufre un ataque

Los mitos siempre superan a la verdad en las historias familiares. Diez días atrás, yo le había preguntado a mi padre por qué nuestro gran antepasado, Yusuf Bajá, cayó en desgracia hace casi doscientos años y fue enviado al exilio por el sultán desde Estambul. Mi hijo, Orhan, en cuyo nombre hice la pregunta, estaba sentado junto a mí, tímidamente, dirigiendo alguna mirada ocasional a su abuelo, a quien nunca había visto.

Cuando uno llega aquí después de una larga ausencia, atraviesa las ventosas calles y las verdes colinas, la mezcla de aromas se hace avasalladora y resulta muy difícil no pensar en Yusuf Bajá. Éste fue el palacio de su exilio, y su frágil y eterna belleza siempre me sobrecoge. De niños atravesábamos Estambul bajo el ardiente y polvoriento sol del verano, pero mucho antes de notar la refrescante brisa en la piel, la visión del mar ya nos había levantado el ánimo. Sabíamos que nuestro viaje acabaría pronto.

Yusuf Bajá fue quien ordenó al arquitecto que encontrase un lugar apartado, pero no demasiado lejos de Estambul. Quería que la casa fuese construida al borde de la soledad, pero al alcance de sus amigos. La localización del edificio tenía que reflejar de algún modo el castigo que le habían infligido. Estaba al mismo tiempo muy cerca y muy lejos de los escenarios de sus éxitos, en la antigua ciudad. Fue la única concesión que hizo a las condiciones que le había impuesto el sultán.

La estructura de la casa es la de un palacio. Se había llegado a un cierto compromiso, pero en sí la casa era, en esencia, un desafío. Como un mensaje que Yusuf Bajá enviaba al sultán: sí, he sido desterrado de la capital del Imperio, pero nunca cambiaré mi estilo de vida. Y cuando sus amigos llegaban y se alojaban aquí, los ruidos y las risas se podían oír desde el palacio, en Estambul.

Plantaron todo un ejército de albaricoqueros, nogales y almendros para preservar aquel exilio y proteger la casa de las tormentas que marcaban siempre el inicio del invierno. Cada verano, desde que abarca mi memoria, jugábamos a su sombra; jugábamos, reíamos, nos insultábamos y nos hacíamos llorar los unos a los otros como suelen hacer los niños cuando están solos. El jardín de la parte trasera de la casa era un refugio, y su tranquilidad resaltaba todavía más cuando el mar que se veía al fondo estaba revuelto. Veníamos aquí a relajarnos e inhalar la brisa embriagadora de la mañana, después de nuestra primera noche en la casa. El insoportable tedio del verano de Estambul se veía reemplazado por la magia del palacio de Yusuf Bajá. La primera vez que vine aquí yo tenía tres años, y sin embargo todavía recuerdo aquel día con

toda claridad. Llovía y yo estaba muy preocupada porque la lluvia iba a mojar el mar.

Y después hubo otros recuerdos. Recuerdos apasionados. Angustiosos. El tormento y el placer de los momentos robados durante las citas nocturnas. El perfume de la hierba en el naranjal por la noche, que apacigua el corazón. Fue aquí donde besé por primera vez al padre de Orhan, «ese feo y flacucho Dmitri, el inspector escolar griego de Konya», como le llamaba mi madre, con una expresión seria e inflexible que le endurecía los ojos. Ya era malo que fuese griego, pero su trabajo como inspector de escuelas rurales le hacía mucho peor aún. Era la combinación de ambos factores lo que realmente la preocupaba. No le habría importado en absoluto que Dmitri hubiese pertenecido a una de las influyentes familias de Fanariotes de la vieja Constantinopla. Pero, ¿cómo podía su única hija atraer una desgracia semejante a la casa de Iskander Bajá?

Esa actitud no era propia de ella. A ella no le preocupaba nada el árbol genealógico familiar. Lo que pasaba es que tenía pensado otro pretendiente para mí. Le habría gustado que me casara con el hijo mayor de su tío Sifrah. Me había prometido en matrimonio con mi primo poco después de mi nacimiento. Y esa mujer, la más dulce y afable del mundo, explotó llena de rabia y frustración ante la noticia de que yo quería casarme con un don nadie.

Fue mi medio hermana casada, Zeynep, quien le dijo que el primo con el que quería casarme no sentía ningún interés por las mujeres, ni siquiera como maquinarias para la procreación. Zeynep empezó a tramar embustes. Su lenguaje se infectó con la indecencia de lo que estaba des-

cribiendo, y mi madre pensó que sus minuciosas descripciones no eran adecuadas para mis oídos de joven soltera. Zeynep estaba pintando a mi pobre primo con unos colores tan oscuros y lujuriosos que al final me echaron de la habitación.

Aquel mismo día, mi madre se lamentaba amargamente mientras me besaba y me abrazaba. Zeynep la había convencido de que nuestro pobre primo era un monstruo impío, y mi madre sollozaba, llena de remordimientos ante la idea de haber querido forzar a su pobre y única hija a casarse con una bestia tan depravada, y haber sido por consiguiente la causa directa de mi infelicidad de por vida. Naturalmente, yo la perdoné y estuvimos hablando y riendo al pensar lo que podía haber pasado. No estoy muy segura de si descubrió alguna vez que Zeynep se lo había inventado todo. Cuando mi malvado primo enfermó durante una epidemia de tifus y murió poco después, Zeynep pensó que era mejor ocultarle la verdad a mi madre. Y este hecho tuvo un desafortunado resultado. En el funeral de su sobrino, en Esmirna, y para la consternación de mi tío Sifrah, a mi madre le resultó difícil mostrar señal alguna de dolor, y cuando yo me esforcé en derramar un par de lagrimillas, ella me miró con espanto y sorpresa.

Pero todo aquello pertenecía al pasado. Lo más importante para mí en aquel momento era que después de nueve años de exilio había vuelto por fin. Mi padre me había perdonado que me escapara de casa. Quería ver a mi hijo. Y yo quería ver a la Mujer de Piedra. A lo largo de toda mi niñez, mi hermana y yo nos escondíamos entre las cuevas que había cerca de una antigua roca que debió de ser

en tiempos la estatua de una diosa pagana. Ésta sobresa-
lía de los almendros de la parte de atrás de la casa, y, vista
desde lejos, se parecía más aún a una mujer. Domina-
ba la pequeña colina en la que se encontraba plantada,
rodeada de ruinas y rocas. No era una Afrodita ni una Ate-
nea. Las hubiéramos reconocido. Ésta conservaba rastros
de un velo misterioso, que se hacía visible sólo a la pue-
sta de sol. Su cara estaba oculta. Zeynep decía que quizás
hubiese sido una diosa local, olvidada desde hacía mu-
cho tiempo. Quizás el escultor tuvo que trabajar deprisa.
A lo mejor los cristianos se acercaban y las circunstancias
le obligaron a cambiar de opinión. A lo mejor ni siquiera
era una diosa, sino la primera imagen esculpida en pie-
dra de Mariam, la madre de Jesús. No podíamos estar se-
guros de su identidad, así que se convirtió en la Mujer de
Piedra. De niñas solíamos contarle nuestros secretos, ha-
cerle preguntas íntimas, imaginar sus respuestas.

Un día descubrimos que nuestras madres, tías y sirvien-
tas hacían lo mismo. Nos escondíamos detrás de las ro-
cas y escuchábamos sus cuentos llenos de congoja. Era la
única forma que teníamos de averiguar qué era lo que ocu-
rría en aquella gran casa. Y de aquella forma, la Mujer de
Piedra se convirtió en la depositaria de todo nuestro dolor
oculto. Los secretos son terribles. Aunque sean neces-
arios, poco a poco van corroyendo nuestra alma. Siempre
es mejor abrirse, y la Mujer de Piedra permitía desahogar
sus secretos a todas las mujeres de aquella casa, y por tan-
to llevar una vida interior mucho más sana.

—Mamá —susurró Orhan, agarrándome fuerte del bra-
zo—, ¿me dirá el abuelo alguna vez por qué se construyó
este palacio?

Existían muchas versiones de la historia de Yusuf Bajá en nuestra familia. Algunas de ellas eran bastante hostiles con nuestro antepasado, pero esas versiones normalmente eran el patrimonio exclusivo de aquellas tías y tíos abuelos cuya rama de la familia había sido desheredada por la mía. Todos sabíamos que Yusuf Bajá escribía poesía erótica, versos que, excepto los pocos que habían pasado oralmente de generación en generación, habían sido quemados. ¿Por qué fueron destruidos sus poemas? ¿Y por quién?

Yo le hacía a menudo esta pregunta a mi padre, al menos una vez al año, antes de mi exilio. Él sonreía y no me hacía ningún caso. Yo pensaba que a lo mejor a mi padre le resultaba violento discutir aquel tema con sus hijos, especialmente con una hija. Pero en aquella ocasión no fue así. Quizás por la presencia de Orhan. Era la primera vez que mi padre veía a Orhan. A lo mejor quería contar aquella historia a un miembro masculino de la generación más joven. O quizá simplemente era que se sentía relajado. Hasta que todo pasó no me di cuenta de que seguramente tuvo una premonición del desastre que estaba a punto de cercirse sobre él.

Era por la tarde, y todavía hacía calor. El sol estaba de camino hacia el oeste. Sus rayos se habían teñido de un escarlata dorado, bañando todos los perfiles del jardín con su mágica luz. Nada había cambiado en las rutinas veraniegas de aquella antigua casa. Los viejos magnolios con sus grandes hojas brillantes relumbraban a la luz moribunda del sol. Mi padre acababa de levantarse de una reconfortante siesta. Su rostro estaba relajado. A medida que se había ido haciendo mayor, el sueño actuaba en su vida

como un elixir. Las arrugas marcadas en su frente parecían haberse disipado. Mirándole, me di cuenta de lo mucho que le había echado de menos durante los últimos nueve años. Besé sus manos y le repetí mi pregunta. Sonrió, pero no contestó de inmediato.

Esperó.

Yo esperé también, recordando las costumbres vespertinas de los meses de verano. Sin decir una sola palabra, mi padre tomó la mano de Orhan y acercó al niño hacia sí. Empezó a acariciarle la cabeza. Orhan conocía a su abuelo por una desvaída fotografía que yo tenía al lado de mi cama. Según iba creciendo yo le iba contando historias de mi niñez y de la vieja casa con vistas al mar.

Y entonces el viejo Petrossian, el mayordomo de la casa, que llevaba con mi familia desde que nació, apareció ante nosotros. Un chiquillo no mucho mayor que Orhan le seguía con una bandeja. El viejo Petrossian sirvió un café a mi padre exactamente de la misma forma que lo había hecho durante los últimos treinta años o más, y probablemente igual que su padre había servido a mi abuelo, hacía tantos años. Sus hábitos no habían cambiado nada. Prescindió completamente de mí en presencia de mi padre, tal como era su costumbre. Cuando yo era pequeña eso me molestaba muchísimo. Le sacaba la lengua o hacía muecas extrañas, pero nada de lo que hacía alteraba en absoluto su conducta. Cuando me hice mayor aprendí a no hacer caso de su presencia. Se hizo invisible para mí. ¿Era mi imaginación o me había sonreído aquel día? Lo había hecho, sí, pero sólo para reconocer la presencia de Orhan. Un nuevo varón había entrado en la casa, y Petrossian estaba complacido. Después de requerir con una respetuosa

inclinación de cabeza si mi padre necesitaba algo más y recibir una respuesta negativa, Petrossian y el nieto a quien estaba enseñando para que ocupara su lugar en nuestro servicio doméstico nos dejaron solos. Durante un rato nadie dijo una palabra. Yo había olvidado lo tranquilo que podía resultar aquel espacio y la rapidez con la que aplacaba mis sentidos.

—¿Me preguntas por qué fue enviado aquí Yusuf Bajá hace doscientos años?

Yo asentí ansiosamente, incapaz de ocultar mi ilusión. Ahora que ya tenía dos hijos, se me consideraba lo suficientemente madura para escuchar la versión oficial.

Mi padre empezó a hablar con un tono que era íntimo y autoritario a la vez, como si los acontecimientos que estaba describiendo hubiesen tenido lugar la semana anterior, en su presencia, en lugar de hacía doscientos años en un palacio a orillas del Bósforo, en Estambul. Pero mientras hablaba evitaba mi mirada. Sus ojos estaban fijos en el rostro del pequeño Orhan, observando la reacción del niño. Quizá mi padre recordase su propia niñez y la primera vez que había oído la historia. Y en cuanto a Orhan, estaba hechizado por su abuelo. Sus ojos brillaban llenos de ilusión y expectación cuando mi padre asumió los ampulosos y exagerados tonos de un cuentacuentos de pueblo:

—Como era su voluntad, el sultán envió a buscar a Yusuf Bajá por la noche. Nuestro gran antepasado llegó e hizo una reverencia. Había crecido con el sultán. Se conocían muy bien ambos. Una sirvienta colocó un vasito de vino frente a él. El sultán pidió a su amigo que recitase un nuevo poema. Yusuf Bajá estaba de un humor raro aquel día.

Nadie sabe por qué. Era un cortesano tan atento que, normalmente, consideraba una simple petición por parte de su soberano como una orden emanada directamente del cielo. Tenía un ingenio tan agudo que podía inventar y recitar una cuarteta en el acto. Pero aquella noche no. Nadie sabe por qué. Quizás acababa de levantarse del lecho de alguna amante y estaba furioso. Quizá simplemente estaba harto de comportarse como un cortesano. Quizá sufriera de indigestión. Nadie lo sabe.

»Cuando el sultán observó que su amigo permanecía en silencio, se preocupó de verdad. Le preguntó por su salud. Le ofreció los servicios de su propio físico. Yusuf Bajá le dio las gracias, pero declinó el ofrecimiento. Miró en torno y no vio más que jóvenes esclavas y eunucos. Aquello no era nuevo, pero aquel día en concreto molestó a nuestro antepasado. Nadie sabe por qué. Después de un largo silencio, pidió permiso al sultán para hablar, y éste se lo concedió.

»—Oh, gran gobernante y fuente de toda sabiduría, sultán del mundo civilizado y califa de la fe, este sirviente implora ansiosamente vuestro perdón. La voluble musa me ha abandonado y hoy no hay verso alguno en esta cabeza hueca mía. Con vuestro permiso, esta noche os contaré un cuento, pero ruego a vuestra sublime majestad la más absoluta atención, porque lo que voy a contaros es rigurosamente cierto.

»El sultán ahora sentía verdadera curiosidad, y la corte entera se balanceó al echarse hacia adelante para oír las palabras de Yusuf Bajá.

»—Quinientos treinta y ocho años antes del nacimiento del santo cristiano Jesús hubo en Persia un poderoso

imperio. En su trono se sentaba un gran rey, de nombre Ciro. En aquel año tan propicio, Ciro fue proclamado rey de reyes en Babilonia, una región ahora gobernada por nuestro gran y sabio sultán. Aquel año, el gran imperio persa parecía invencible. Dominaba el mundo entero. Era admirado por su tolerancia. Los persas aceptaban todos los cultos, respetaban todas las costumbres y, en sus nuevos territorios, se adaptaban a las diferentes formas de gobierno ya existentes. Todo parecía ir muy bien. El imperio florecía, tratando a sus enemigos como una persona que da un manotazo a una mosca.

»"Doscientos años después, los herederos de Ciro se habían convertido en títeres en manos de eunucos y mujeres. Los sátrapas del imperio se habían vuelto desleales. Sus oficiales, corruptos, crueles e ineptos. Las enormes riquezas de Mesopotamia salvaban al imperio del colapso, pero cuanto más se retrasaba éste, más abrumador resultaría cuando se produjese al final. Y así fue como los griegos fueron consiguiendo influencia. Su lengua se expandió. Y así fue como mucho antes del nacimiento de Alejandro el Grande, la ruta de sus conquistas había sido ya establecida.

»"Entonces, un año, sin previo aviso, diez mil soldados griegos dieron muerte a su patrón persa, hicieron prisioneros a sus oficiales y marcharon desde la ciudad que ahora llamamos Bagdad a Anatolia. Nada se interpuso en su camino, y pronto la gente empezó a darse cuenta de que si sólo diez mil soldados podían hacer aquello, entonces los gobernantes y los líderes resultaban innecesarios...

»Yusuf Bajá no había terminado su historia, pero la visión de la cara del sultán interrumpió sus palabras. Se quedó silencioso, sin atreverse a mirar a los ojos a su go-

bernante. El sultán, furioso, se puso en pie y salió airadamente de la habitación. Yusuf Bajá se temió lo peor. Lo único que pretendía era advertir al amigo de su juventud contra la pereza y la sensualidad, y la influencia asfixiante de los eunucos. Había deseado poner al tanto a su gobernante de la eterna ley que nos enseña que nada es eterno. Pero el sultán había interpretado su historia como una aciaga referencia a la dinastía otomana y a sí mismo. A cualquier otro lo habría mandado ejecutar, pero los recuerdos compartidos de la infancia probablemente favorecieron su misericordia. Yusuf Bajá fue castigado de forma muy leve. Se le exilió de Estambul para siempre. El sultán no deseaba vivir en la misma ciudad que él. Y así es como vino a vivir aquí con su familia, a esta aislada selva-tiquez, rodeada de antiguas rocas, y decidió que era aquí donde construiría su palacio del exilio. Echaba muchísimo de menos la vieja ciudad, pero nunca volvió a ver el Bósforo.

»Dicen que el sultán también echaba de menos su compañía, y que a menudo anhelaba su presencia, pero los cortesanos, que siempre habían estado celosos de la influencia que sobre él ejercía Yusuf Bajá, se aseguraron de que los dos amigos nunca volvieran a encontrarse. Y eso es todo. ¿Satisface tu curiosidad, mi pequeño pichón? Y tú, Orhan, ¿recordarás lo que he contado y se lo repetirás a su vez a tus niños algún día, cuando yo haya muerto y haya desaparecido para siempre?

Orhan sonrió y asintió. Yo mantuve la cara inexpresiva. Sabía que mi padre sólo había contado medias verdades. Había escuchado otras historias de Yusuf Bajá a tías y tíos

de otra rama de nuestra familia, hijos de un tío abuelo a quien mi padre odiaba y a cuyos hijos nunca se les permitía visitarnos ni aquí ni en Estambul.

Contaban historias mucho más emocionantes, más reales e infinitamente más convincentes. Hablaban de cómo Yusuf Bajá se había enamorado del esclavo blanco favorito del sultán, y de cómo éste les había sorprendido copulando. El esclavo había sido ejecutado allí mismo, y sus genitales sirvieron para alimentar a los perros que vagaban junto a la cocina real. Yusuf Bajá, de acuerdo con esta versión, fue azotado en público y expulsado, y vivió el resto de su vida en desgracia. A lo mejor la versión de mi padre también era cierta. Quizás una sola historia no pudiera explicar la caída en desgracia de nuestro antepasado. O quizá nadie conociera la razón auténtica, y todas las versiones existentes resultaran falsas.

Quizás.

Yo no tenía deseo alguno de ofender a mi padre después de una ausencia tan larga, así que me contuve y no le hice más preguntas. Ya le había preocupado durante todos aquellos largos años enamorándome de un inspector de escuelas, huyendo con él, convirtiéndome en su esposa, teniendo hijos suyos e incluso alabando su poesía, que ahora sé que era muy mala, pero que en aquella época me parecía preciosa. La poesía, sí, ésa había sido siempre la verdadera profesión de Dmitri, pero tenía que ganarse la vida con algo. Y por eso había empezado a enseñar. Así podía ganar un poco de dinero y cuidar a su madre. Su padre había muerto en Bosnia, luchando por nuestro imperio. La suave voz con la que recitaba sus poemas fue lo primero que conmovió mi corazón.

Todo aquello ocurrió en Konya, donde yo me alojaba en casa de mi mejor amiga. Ella me había mostrado todas las bellezas de Konya. Habíamos visto las tumbas de los antiguos reyes seléucidas en el interior de las casas sufitas. Allí es donde conocí a Dmitri. Yo tenía entonces diecisiete años, y él casi treinta.

Yo quería escapar de la asfixiante atmósfera de mi casa. Dmitri y su poesía parecían el camino hacia la verdadera felicidad. Y durante un tiempo fui feliz, pero nunca lo bastante como para compensar el dolor de verme desterrada de mi hogar y mi familia. Echaba mucho de menos a mi madre, y pronto empecé a ansiar también la comodidad de nuestro hogar. Más que nada añoraba los veranos aquí, en esta casa junto al mar.

Yo quería irme de casa, sí, pero con mis propias condiciones. La sentencia de mi padre declarándome proscrita resultó un auténtico golpe para mí. Entonces le odié. Odié su estrechez de miras. Odié la forma en que trataba a mis hermanos, y especialmente a Halil, que, como el potro lleno de vida que era, se negaba a ser disciplinado. Mi padre le azotaba a veces delante de toda la familia. Y entonces era cuando yo más odiaba a mi padre. Pero el espíritu de Halil permanecía intacto. Mi padre consideraba a Halil un anarquista irrespetuoso y perezoso, y por lo tanto se quedó muy asombrado cuando Halil se alistó en el ejército y, gracias a sus antecedentes familiares, fue ascendido rápidamente y asignado a palacio.

Iskander Bajá dudaba de los motivos de su hijo pequeño, y en eso no se equivocaba del todo. Mi padre podía ser muy refinado y elegante en los salones parisinos donde había servido como embajador de la Sublime Puerta